

CONTRA EL TIEMPO

Casa de la Cultura de Cullera (Valencia), verano de 1996

...y esta infinitud evidente se quiere hacer compatible con una noción de totalidad, de todo lo que hay, como cuando se plantea en el sentido temporal o también, penetrando en uno mismo, en sentido psicológico incluso [o cual] psicológico; muchas veces se quiere hacer compatible 'todo' con 'sin fin', y eso, por supuesto, no puede ser. Os doy de entrada esta imposibilidad, que servirá tal vez como guía para entender mejor las cosas más de detalle en las que vamos a entrar.

Para atacar esto del tiempo, por supuesto, ya os anuncio que, según la recomendación táctica de los antiguos generales "divide y vencerás", no nos va a quedar más remedio para ese ataque que descubrir que 'tiempo' no es una cosa, sino que son dos cosas netamente contradictorias la una con la otra; mejor dicho, de las dos, una es propiamente cosa, pertenece a la realidad, mientras que la otra, no. Y no olvidéis algo que ya se sugirió ayer y que mañana tendremos que seguir desarrollando más, que 'realidad' se llama a aquello de lo que se habla. Por tanto, si se dice que uno de los dos es real, quiere decirse que propiamente se habla de él, y si se quiere decir que el otro no, no es real, no existe, se quiere decir que de ése propiamente no se puede hablar. Para atacarlo tal vez nada mejor que enlazar con la sesión de ayer respecto a lenguaje, y atacarlo en la manera en que en el lenguaje se presenta.

Por un lado os hago presente la evidencia de formas en que el tiempo no pasa en el lenguaje, hablando: formas, ocasiones, casos en que el tiempo no pasa. Porque parece bastante razonable que en vez de intentar cogerlo cuando pasa, cuando está pasando, tratemos de cogerlo y entenderlo más bien cuando no está pasando, cuando no pasa nada. Ésa es la forma en que el lenguaje nos ofrece lo que voy a llamar bloques de simultaneidad. En efecto el habla, la producción del lenguaje, no se produce de una manera continua (esto sería infinito; sería un aburrimiento infinito también la pura continuidad) sino de una manera rota, interrumpida. Y el que el lenguaje se produzca de una manera rota, interrumpida, implica que hay trozos en el lenguaje dentro de los cuales no pasa nada aunque parezca que sí está pasando: ésta es la aparición que quiero presentaros. Si digo una cosa cualquiera como una frase, como ésta

"Como no me habían avisado, no he podido llegar a tiempo."

[[La escribe en la pizarra, cortándola por sus sílabas, más o menos así: Co-mo-no-meha-bía-na-vi-sa-do, nohe-po-di-do-lle-ga-ra-tiem-po.]],

una frase corriente cualquiera. Podemos hacerla seguir de otra

"Si me hubieran avisado, no habría llegado ni a tiempo ni a destiempo."

[[la escribe]]

Utilizo la ortografía habitual, más o menos fiel o traidora a la verdad de la lengua hablada, según las cosas que ayer estuvimos viendo, pero que para nuestros fines es suficiente. La aparición más inmediata de los bloques de simultaneidad es esa división en sílabas que he marcado en la primera línea. Está claro que dentro de una sílaba como -mo- tie-

ne que estar pasando tiempo según la pronuncio: cualquier máquina fonográfica que registrara esto te diría que -mo- dura un poco, más o menos, te diría cuánto en centésimas de segundo, pero no es menos evidente que, para que eso sea sílaba, tiene que sonar de una vez. Recuerdo que los maestros de escuela, cuando se las habían con esto de sílaba, tenían que decir “un golpe de voz”, acudiendo a una cosa rítmica sobre la que volveré luego. Tiene que sonar de una vez: eso quiere decir anulación. El tiempo que la máquina nos dice que dura -mo- está anulado, puesto que la sílaba tiene que sonar de una vez. Pero en otro plano está claro que [marcando la separación en la pizarra] las palabras que figuran aquí, por ejemplo “llegar” y “a tiempo”, que figuran aquí como palabras sintagmáticas en el sentido que ayer ya introduje también un poco, es decir, no las palabras tales como están en el sistema, como están depositadas en el almacén o diccionario, sino como se producen, como tramos de producción, que son las que se separan por este signo # (aquí he separado #llegar# y #a/tiempo#, aunque después, dentro de #a/tiempo# pues he señalado con otro signo una división morfológica más pequeña), está claro que cada palabra sintagmática, aunque evidentemente dura en su pronunciación y en la escritura ocupa un trecho, sin embargo no puede ser: tiene que decirse y recibirse de una vez, porque si no se desintegraría y no podría constituir esa unidad necesaria de significado o de otro valor que hace que en ella se produzca (en #llegar#, en #a/tiempo#) una idea, una palabra ideal con su significado, aparte de, al mismo tiempo, otros elementos, morfológicos como el morfema de infinitivo de “llegar” o como la construcción preposicional “a tiempo”. Para que se perciba eso, para que se entienda, es preciso que ese tiempo quede igualmente anulado, [eso es en otro tiempo]. No pasa nada: si eso todo no se produjera al mismo tiempo, no podríamos entender. Eso está claro, y puedo seguir: he escrito dos frases; las digo seguidas

“Como no me habían avisado, no he podido llegar a tiempo. Si me hubieran avisado, no habría llegado ni a tiempo ni a destiempo.”,

no tengo que pararme entre una y otra, ¿eh?, eso de las paradas es una cuestión que no le pertenece a la gramática; las digo seguidas, pero –eso sí– rotas con las entonaciones necesarias que están destinadas a que se distinga dónde una frase termina, y también, dentro de cada frase, lo que he señalado con la coma, con otra entonación distinta:

“Como no me habían avisado, no he podido llegar a tiempo. Si me hubieran avisado, no habría llegado ni a tiempo ni a destiempo.”

Bueno, pues está claro que a su vez cada frase tiene que fabricarse de una vez toda entera (si no, las conexiones que la constituyen no tendrían sentido), y el que la oye tiene que recibirla de una vez, toda entera. En efecto, la fabricación de una frase es instantánea, no dura tiempo en el sentido de la realidad; y ésta es una sugerencia que tengo que utilizar sobre todo, en la que os hago parar mientes: esto es de una vez porque tiene que estar organizado de una vez. Cuando el hablante se pone a hablar, ni siquiera tiene que pararse nada, ni centésimas de segundo; no tiene que pararse más de lo que se para entre palabra y palabra, de lo que se para entre sílaba y sílaba, porque no tiene que pensar consciente y voluntariamente la frase que va a venir, le sale sola, organizada complejamente. Por eso yo, para pronunciar la segunda frase, no he tenido que pararme después de terminar la primera: me ha salido inmediatamente. Incluso frases más complejas que ésta también se han fabricado instantáneamente. Algo pasa con el tiempo, que hace que el

tiempo de la realidad, en el que a un señor se le puede tomar hablando y mirar a ver cuánto tarda y si se para o no se para, es una cosa muy distinta del tiempo que funciona en el lenguaje: la frase tiene que producirse de una vez, instantáneamente, y el oyente, por supuesto, cuando oye la entonación de cierre, sólo en ese momento la recoge toda y la entiende: no antes; antes puede irse haciendo en el tiempo real vislumbres, ideas de lo que se va a decir, pero cuando termina, entonces la entiende de una vez.

“Como no me habían avisado, no he podido llegar a tiempo. Si me hubieran avisado...” ahí ha entendido la primera frase; se prepara a entender la segunda.

Más todavía finalmente, está claro que si cojo un elemento mínimo, un fonema, como ése que ahí está escrito con una eme, cualquiera nos podría decir que en realidad dura. No hay nada que pueda no durar en la realidad, todo tiene su duración; de manera que también una máquina fonográfica cualquiera fielmente registraría en un tramo, en un pequeño tramo que correspondiera a unas pocas milésimas de segundo, registraría el progreso de la eme, de la pronunciación de la eme, sus altibajos de timbre, de tono, de intensidad: registraría todo eso. Bueno, pues está claro que si nosotros oyéramos tal cosa, no oiríamos nada, no nos enteraríamos de que ahí se ha producido una eme; de forma que el tiempo tiene que quedar claramente anulado, ese tiempo real, para que podamos decir, sentir, “se ha producido un fonema, una entidad abstracta, de las que llamamos fonema, que es M, que se distingue de N, que se distingue de otro cualquiera, y que por tanto con él puedo proceder a reconocer el montaje de ése “como” o de cualquier otra cosa que se me ofrece”. En múltiples niveles pues se nos da la evidencia de que mientras en realidad está pasando tiempo siempre que se está hablando, en verdad, y en diferentes niveles de verdad, se dan esos bloques en que el tiempo queda anulado, y queda anulado de una manera necesaria precisamente para que se pueda entender: bloques de sílaba, bloques de frase, bloques de palabra sintagmática, bloques de fonema. Hay por tanto detenciones, anulaciones del tiempo que pasa, como una condición esencial, constitutiva del lenguaje.

Ya desde aquí podéis quedaros pensando si esto que pasa con la producción del habla se puede de alguna manera generalizar, es decir, si es algo peculiar que pasa solamente con el tiempo de hablar, o si es algo que desde ahí puede extenderse a toda la cuestión del tiempo en general, esa contraposición entre una evidencia, que solemos llamar real, de que siempre, continuamente está pasando, y esa otra evidencia, que viene de otro sitio, de que sin embargo no, de que sin embargo la cosa está rota y se produce por bloques, y dentro de cada bloque no pasa nada, no pasa tiempo ninguno. Os dejo con esa cuestión, porque tengo que pasar a otra, relacionada igualmente con nuestro tema de ayer, con el lenguaje, pero de una manera muy distinta.

Vamos a utilizar esto [[dibuja una línea en la pizarra]] como se suele, es decir, como una especie no de dibujo, pero sí de indicador –digamos– de eso a lo que aludimos como tiempo. Es muy malo el dibujo. No sólo lo empleamos los gramáticos, sino que lo emplean los físicos, y es desastroso tomarlo como si fuera una representación de verdad del tiempo. ¿Por qué es desastroso? Porque desde aquí nos empezaremos a asomar a la evidencia de que si el tiempo se sabe, se tiene una idea de él, ese tiempo en verdad es un espacio, y por tanto a ese tiempo está bien pintarlo ahí en una pizarra, y hacer pensar que ‘derecha-izquierda’ son buenas representaciones de ‘después’ y ‘antes’ o al revés, de ‘antes’ y ‘después’, porque esto es indiferente. Pero esto solamente vale para un tiempo que

se ha convertido en espacio, es decir, que conserva tal vez, falazmente, su pretensión de ser lo contrario del espacio, de ser tiempo, pero que en verdad, para que se le pueda pintar ahí, es decir, idear en nuestras mentes, tener una idea de él, se ha convertido en lo mismo que era su enemigo, en espacio.

Una de las maneras más evidentes de hacer ver que esto no sirve para el tiempo de verdad, para el tiempo que está siempre pasando, es atender a la flecha. La flecha necesariamente, como se ve ahí, o tiene que apuntar de izquierda a derecha, o tiene que apuntar de derecha a izquierda; y esto da dos sentidos, da dos sentidos al tiempo que se trata de representar ahí. Entonces, si al tiempo se le ha convertido en un espacio, como hay que hacer para que el tiempo sea ideable, visible, constitutivo de una realidad, si se ha hecho eso con él, entonces hay que decidir en cuál de los dos sentidos va, si de izquierda a derecha o de derecha a izquierda. Y esto es motivo de líos muy divertidos, incluso en las vulgarizaciones de los físicos que juegan con el cronotopo, que se preguntan sobre si el tiempo es reversible o no es reversible, porque están convencidos por la representación gráfica de que hay dos sentidos, de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, y entonces hay que preguntar si el tiempo, lo mismo que marcha de izquierda a derecha, puede marchar también de derecha a izquierda. Entonces vienen todos los juegos, con la segunda ley de la Termodinámica, para sugerir que efectivamente el tiempo no es reversible, que tiene que ir siempre de izquierda a derecha, y algunas evidencias de sentido contrario al de esta ley. Pero el tiempo de verdad tendría que tener las dos flechas al mismo tiempo (y tenéis que disculpar que la locución “al mismo tiempo” se meta aquí, cuando estamos sin saber para nada qué es tiempo, pero así hay que operar. ‘Al mismo tiempo’ en cierto sentido es una locución más vieja, más primitiva que la palabra ‘tiempo’: lo que antes he dicho también “simultáneo” con lo de bloques de simultaneidad), tendría que tener al mismo tiempo los dos sentidos de la flecha, es decir, tendría que reconocer que tan falso, tan idiótico, es decir que del pasado pasamos al futuro como decir que el futuro se va convirtiendo en pasado, cosas dos muy fáciles y corrientes de decir, que son la contraria de la una con la otra: una responde a la imaginación ‘izquierda-derecha’, del pasado pasamos al futuro, de aquellas lluvias vinieron estos lodos, a consecuencia de las medidas que hoy tomemos, la sociedad quedará el día de mañana mejor o peor establecida, etc; y al mismo tiempo la evidencia que el profesor Guillaume por cierto en París durante una clase descubrió como una de las grandes perogrulladas, al mismo tiempo es evidente que el futuro se está convirtiendo en pasado constantemente: sentido de derecha a izquierda. Es el futuro el que se convierte en pasado –decía él–, porque a nadie se le ocurre pensar al revés: es el futuro el que viene a convertirse en pasado.

Bueno, pues ahora simplemente hay que añadir que, cuando esa raya de la representación tiene dos flechas contrapuestas, es lo mismo que si no tuviera ninguna: hablar de un sentido solamente tiene sentido cuando hay dos. [[Corte de la grabación. Debe de faltar un “no”]] tiene sentido en el sentido en que la palabra ‘sentido’ se emplea para el tiempo real. El verdadero pasar, ese pasar que nos arrastra sin fin, no puede intentar concebirse como se concibe el tiempo real, con un sentido determinado.

Bueno, asomados a esto, vamos a volver un poco al lenguaje. Aquí [[se supone que será sobre el dibujo de la línea del que ha hablado antes]] se está diciendo “como no me habían avisado, no he...”, la frase que hemos escrito. Ya veis, es un tiempo real y al mismo tiempo es un tiempo que está dañado por la evidencia de que hay bloques de simultaneidad [[los va

marcando en la pizarra]] de ese tipo, como los que he señalado: en cualquier punto un fonema no dura, una palabra no dura, la frase entera no dura, es instantáneo. Ésta es – diríamos– una representación mala del tiempo en que se habla, el tiempo que cuesta hablar. Evidentemente todo esto de establecer bloques de simultaneidad sólo se puede hacer porque contamos con un sistema que represento así, el sistema de la lengua, del cual sacamos todas estas cosas que nos hacen falta, fonemas, palabras, entonaciones sintácticas, y entonces contamos con que ese sistema está fijo, es decir, que aquí venimos a perder al tiempo de otra manera distinta a la de los bloques de simultaneidad. Aquí el tiempo se nos vuelve eterno. Con respecto a todo el rato en que esté hablando, el sistema tiene que ser el mismo, el sistema de la gramática que empleo tiene que ser el mismo, paralizado, eterno. Esto se comprende bien, porque si durante ese tiempo en que estoy hablando el sistema estuviera cambiando no podría avanzar ni un paso: los fonemas habrían cambiado de sentido, ya no habría manera de reconocerlos, el vocabulario se habría transformado de tal manera que ya las palabras no querrían decir lo mismo, las reglas de entonación sintáctica se habrían alterado, y entonces no habría manera de coger la organización de esa frase. Es (como algunas veces, por poner los símiles más toscos de las máquinas, he dicho), es como si un mecánico intentara arreglar la máquina de coser al mismo tiempo que la modista sigue afanosamente cosiendo con la misma máquina, y entonces en el momento en que se está cosiendo con ella el mecánico quiere cambiarle la aguja o engrasarla o añadirle algún tornillo o quitárselo: esto es un absurdo que condenaría por la propia alteración de la máquina a su inutilidad para el trabajo que está haciendo en el momento. No está mal utilizar de vez en cuando los símiles de las máquinas, recordando siempre que todas las máquinas son derivaciones, imitaciones del lenguaje, que es la primitiva, y desde luego todas, incluso las más sofisticadas, como se dice ahora, imitaciones torpes, simplificadoras, con respecto a la máquina del lenguaje. Pero, dentro de eso, se pueden utilizar sin duda los símiles.

Bueno, pues ahora nos encontramos con que no los gramáticos sino los estudiosos de lingüística histórica y además cualquier hijo de vecino saben que las lenguas están cambiando constantemente, es decir, que esa pretensión de eternidad del sistema durante el rato que estoy hablando tiene que hacerse compatible con la evidencia de que las lenguas cambian y que lo que hace 20 siglos se llamaba latín ahora no se puede llamar latín sino pues eso, castellano, valenciano, de cualquier manera que se le quiera llamar, pero en todo caso no latín; ni desde luego podemos pretender que lo que yo hablo ahora a lo que ayer llamaba espofcont es lo mismo que el castellano del siglo XIV o incluso del XV, es evidente que no es la misma lengua; y esto es jugar con márgenes cronológicos muy pequeños: imaginaos si empezáis a pensar en los 500.000 años o más desde que hay gente hablando por el mundo. El sistema de la lengua está cambiando y además constantemente, porque por supuesto no hay ningún momento en que el latín haya dejado de ser latín y se haya convertido en mozárabe o en leonés o en castellano; no hay ningún momento en que eso haya sucedido, ni tampoco ningún momento en que el castellano viejo haya venido a convertirse en español oficial contemporáneo; no cabe lo uno con lo otro: el cambio, que se nos hace evidente en cuanto echamos una mirada a la historia de las lenguas, por otra parte tiene que estarse dando constantemente, continuamente. Por tanto, lógicamente, tendría que estarse dando, aunque fuera muy poquito, en el rato en que estoy diciendo “Como no me habían avisado, no he podido llegar a tiempo.”, en contra de la evidencia que nos exigía que el sistema fuera eterno. Esto por tanto nos hace de una manera muy útil que el tiempo real mismo se nos parta en dos, como si dijéramos

en dos que se nos hacen evidentes en la realidad, pero en dos regiones de la realidad. [[dibujando tal vez una línea vertical que venga a cruzarse con la anterior]] Éste es el tiempo de la historia, ése es el tiempo en que las lenguas cambian, ése es el tiempo en que la cosa se llamaba indoeuropeo, latín, castellano, espolfocont, y se iba convirtiendo lo uno en lo otro. Bueno, espero que veáis que los dos tiempos son reales, en el sentido en que deseo que la palabra se precise: es real el tiempo que dura la frase “Como no me habían avisado, no he podido llegar a tiempo.” y es real al parecer el tiempo de la historia, aquel en que las lenguas han ido cambiando y no son el mismo; creo que es apta la imagen del entrecruce: es como si se dijera éste es un punto en que es el punto en que se está diciendo “Como no me habían avisado, no he podido llegar a tiempo.”, que se sitúa de alguna manera en el plano histórico, pero el uno no es compatible con el otro, como veis: son dos nociones de tiempo; las dos se nos imponen, pero el uno no es el otro. El tiempo en que estamos hablando no es el tiempo en que las lenguas cambian, no es el tiempo de la historia. Esto lógicamente debería sernos muy chocante, porque para nosotros parece que hay un tiempo real, en el que deben estar tanto lo uno como lo otro, y está claro que no es así, la cosa no marcha de esa manera.

Ninguno de estos dos tiempos es aquello a lo que antes he aludido como tiempo de verdad, tiempo sin fin: estos son tiempos reales que, como se contradicen entre sí, tienen esa utilidad de hacernos ver de una manera o de otra la constitución constitutiva de esto que, como mañana veremos, funda la realidad: la realidad está fundada sobre el tiempo. Bueno, pues, según la costumbre, antes de seguir con otras cosas, os voy a dar la palabra. De manera que respecto a lo visto hasta aquí podéis soltar lo que sea, por un lado por supuesto según esta táctica que ayer mismo por la tarde en Gandía volví a recordar una vez más y que vuelvo a recomendar entre vosotros: la táctica de dejarse hablar, es decir confiar en el lenguaje, confiar en que es el lenguaje el que sabe, y que si uno se deja hablar por esa boca, sin duda va a decir mejores cosas que cuando se pone a hablar por su cuenta. Esto es lo que para cualquier coloquio recomiendo; pero aparte de eso y más modestamente podéis sacar a luz despiadadamente las ideas acerca de tiempo que habéis traído a esta sala ¿eh?, sacarlas a luz (“yo creía o creo todavía y estoy convencido de que con el tiempo pasa esto.”), porque será muy útil efectivamente que esas ideas se sometan a una prueba y a una labor de destrucción, que es lo que nos toca en esta sesión. Así que voy cogiendo las manos que ya he visto.

-Mi pregunta se dirige tanto al lingüista como al helenista: ¿no tendríamos las ideas más claras si conserváramos todavía las dos clases de tiempo que manejaban los griegos, *chrónos* y *kairós*?

-*Kairós* no es propiamente ‘tiempo’: *kairós* es, como suele traducirse, ‘ocasión’; pero hay efectivamente entre los antiguos dos palabras. Esto en el libro *Contra el tiempo* lo he desarrollado y no me voy a detener mucho en ello: hay una palabra que parece estar dedicada a este tiempo que pasa pero que es discontinuo [[escribe]] (ésa es *chrónos*, la palabra habitual) y hay otro “tiempo” (bueno, para los que no lean estos preciosos garabatos fenicios lo trascibo), hay otra palabra *aión*, que es la que en latín la misma raíz se dice *aevom*, que parece aludir al tiempo concebido como totalidad, una totalidad como la de una vida o bien la totalidad de las totalidades, la eternidad, de una manera o de otra. De manera que hay un tiempo que propiamente pasa, pero a saltos ¿eh?, siempre a saltos,

rítmicamente (ése es *chrónos*), y hay otro tiempo que no pasa, que es la totalidad, el resumen, la eternidad. Sí, eso siempre es útil recordarlo. Adelante!

-Hay una cosa que no... [[LA VOZ NO SE OYE]]

-Bueno, son por lo menos tres cuestiones distintas las que has entrelazado, y no voy a decir yo que no sean la misma, porque todo tiene que ver; pero desde luego, claro, metódicamente parece conveniente atacar al enemigo por partes a veces, no intentar tampoco atacarlo en bloque. Vamos con una de ellas. El instante: el instante no es tiempo en el sentido a que si se llama tiempo a tal cosa [[señalando a la línea horizontal o a ambas líneas]], lo que en esa convención se llama instante es no tiempo, es no paso del tiempo. Por ejemplo, en lo que he utilizado, la no parada entre frase y frase para la construcción de una frase, la instantaneidad de la frase quiere decir que en el convenio durativo temporal en que se coloca el trascurso del habla, ahí, entre frase y frase no hay tiempo: hay instante, que quiere decir no parada, supresión de la parada respecto a eso. Podría venir después por ejemplo un neurólogo, especialmente un estudioso de afásicos, y tratar de medir cuánto dura ese instante en que se ha instantáneamente organizado una frase; pero claro, ése ya sería otro tiempo, real también, el del neurólogo, pero que no sería el mismo respecto al cual se ha dicho instante: en un nivel determinado de convenio 'instante' quiere decir "no duración", y eso es lo que en el ejemplo está bastante claro.

Bueno, no sé muy bien por lo demás cómo enlazabas esto con la cuestión de la raya espacial utilizada con un sentido o con dos contradictorios y por tanto con la cuestión del origen. Yo entreveo que una relación hay, y además estas son cosas que a todo el mundo de alguna manera le angustian y le apasionan y se le ocurren, pero tal vez no veo muy bien el enlace. Si puedes ayudar un poco...

-Es que... el instante...

-Sí pero lo que te he recordado ahora es que eso es en otra convención, aunque una y otra sean reales. Por ejemplo, para el análisis gramatical entre frase y frase hay un instante, un no tiempo, la producción es instantánea; y después puede venir un físico o un neurólogo y descubrir que ese instante duraba, pero ése sería otro tiempo; y ya el ejemplo ése nos muestra que entre los tiempos reales mismos, sin entrar al tiempo de verdad, los hay muy diferentes y que se contradicen el uno con el otro: son convenios, convenios. Pero ¿cómo pasaban al origen del tiempo mismo?

-...segundo...

-Ése es el real, ése es el tiempo real, no el de verdad.

-Ése es el real. Y entonces...

-Sí, ésa es una de las formas tal vez más frecuentes que toma nuestro tormento. Efectivamente un tiempo real, que es un tiempo espacial, un tiempo convertido en espacio de las maneras que dices, no tendría más remedio que tener un origen, por lo menos si nos mantenemos fieles a la noción de todo, es decir, que el ámbito es total. Entonces, dentro de un ámbito total, tendríamos derecho a hablar de partes, y si hablamos de partes o tre-

chos o tramos, y tenemos que hablar de aquí hasta aquí, y por tanto decir, en un convenio, “el comienzo de la Historia”, en otro convenio “el origen del Universo”, como el Big bang, o cualquiera de las otras muchas tonterías que se nos ocurren a los hombres cuando nos planteamos esta cuestión del origen. No nos queda más remedio, una vez admitido el tiempo real, espacial, como si fuera el tiempo de verdad, y manteniéndonos fieles a la condición de “Todo”: entonces tiene que haber habido un origen. Un origen absurdo, como se ve en estas teorías físicas del estallido del comienzo del Universo, que es una cosa que en seguida cualquier niño ve que no tiene ni pies ni cabeza, es decir, que por muy millonario que se haga el retroceder el origen, y por muy instantáneo que se le quiera hacer, no se va a librar para nada de la pregunta de ¿desde dónde comenzó?, ¿qué había antes?, ¿qué hay más allá?, como cualquier niño sabe cuando no sabe todavía estas cosas.

De manera que para un tiempo real no le queda más remedio que quedar abocado a esta paradoja de que hay que contar con un origen y al mismo tiempo es evidente que este origen no se sostiene como tal. Al tiempo de verdad no le pasa eso, porque, como no se le concibe, como no existe, no se le puede preguntar por su comienzo. Sólo a lo que existe se le puede preguntar por el comienzo de su existencia, pero no a lo que tiene la gracia de no existir. Sí: había alguna otra cosa. Vamos a ver.

-Sí. Antes has comentado del lenguaje o del uso del lenguaje o del lenguaje que, al producirse, todas las máquinas más o menos son una derivación del lenguaje. Entonces yo me estaba preguntando si nosotros, si es que nosotros es como si estamos producidos, por decirlo así, o somos producto del lenguaje también.

-Nosotros ¿qué quiere decir?

-Nosotros en cuanto que también de alguna manera... porque de nosotros... Yo no sé cómo decirlo. Es un lío.

-Sí, pero tienes que intentar aclararte.

-Nosotros, como si fuéramos el lenguaje, y al mismo tiempo todas las cosas que hacemos... claro, las máquinas son producto del lenguaje o derivación del lenguaje, nosotros somos como un objeto del lenguaje.

-Pero, no, no: ¿con qué sentido empleas lo de nosotros?, ¿qué quiere decir nosotros? Nosotros ¿qué límites le das? ¿Qué quiere decir nosotros? ¿Nosotros quiere decir eso que otros llaman los hombres o el Hombre incluso?

-Sí, sí, claro.

-Sí, es una manera en que incluso los científicos antiguos emplean el nosotros: frente a la pedantería de el Hombre, que es la que ha triunfado más, resulta que algunos de los físicos, Epicuro y Lucrecio, decían también como tú, decían nosotros; se escurrían, con el empleo del pronombre, de la necesidad de colocar un sustantivo, el Hombre, que es muy comprometido –no cabe duda–, es muy comprometido de colocar ¿no?. Pero vamos “nosotros” tampoco se escapa mucho.

-¿Sabes por qué lo decía? Porque eso de que sea insoportable lo infinito, el no tiempo, que parece que tiene que estar como que hayan tramos y como que ocurran cosas, entonces parece que nuestra condición, esta condición... estamos condicionados seguramente por el mismo lenguaje, por la misma producción: tenemos que estar haciendo siempre cosas (no sé si tiene relación), porque es imposible soportar la quietud, por decirlo así.

-Sí; eso además hace bastante razonable entender nosotros como hombres en el sentido de criaturas dotadas de lenguaje. Sí, porque parece que, en efecto, los animales no se aburren, por lo menos quitando algunos tan domésticos que incluso yo sí creo que a algunos perritos, los pobres, se les puede hacer llegar a aburrirse; pero vamos: a poco libres que sean, parece que los animales no se aburren o no sienten esa angustia a la que aludes, que está en relación con el tiempo; así que sería bastante razonable ese nosotros tuyo ligarlo con este tipo de criaturas, que después de todo no tiene tanta importancia. Es que este tipo de criaturas se ha exaltado mucho más de lo que vale, sobre todo cuando se llega a hablar del Hombre y cosas por el estilo. Hay que tener un poco de cuidado con esto, porque, después de todo, bueno, no hace tanto que andan cosas de éstas por el mundo, de que hay hombres, y además es evidente que igual podía haberlas que no haberlas: no es tampoco una cosa tan necesaria como el Dios de la vieja Teología ¿no?. Sí, nosotros efectivamente, en el sentido ése de ese tipo de criaturas, estamos profundamente condicionados por el cómputo de un tiempo espacializado, y además en los varios niveles de realidad que ahora trataba de sugeriros. Todavía sobre esto tendré que pasar un poco ahora al hablar de futuro. No sé quién más...

-Yo. ...

-Sí, algo de eso por lo menos voy a tratar al final de la sesión de hoy de sacarlo. Tenemos que todavía penetrar en cosas más de pormenor, porque mi intento efectivamente, como tú has señalado, es mostrar que, aun dentro de lo que se maneja como tiempo real, hay diferentes tipos de tiempo, como ésos que he puesto ahí, que no son compatibles entre sí, que sólo se hacen compatibles a la fuerza. Ya sin pasar a intentar pensar en un tiempo de verdad, en el que todos estos se quedaran anulados; pero importa dentro del tiempo real ver que hay tiempos reales, diferentes, como ésos que he mostrado ahí, y que se contradicen entre sí.

Tenemos todavía que seguir haciendo un poco más en este sentido.

-...

-Sí, no es que en eso se revele ninguna especial conciencia de estas contradicciones entre diferentes tiempos reales. La gente, bueno, pues sí, vive, hace esto que le llaman vivir, este sustituto, en diferentes tiempos reales, y lo hace como si tal cosa. Después, de vez en cuando, sufre las consecuencias de esa contradicción, pero de ordinario pues no se dan cuenta, sí. La gente cuando adopta locuciones de éstas...

[[CORTE]]

-...

-Sí, eso es lo que os sugería.

-...[quería preguntar por eso de la] anulación del tiempo, porque “matar el tiempo”, “llenar el tiempo”... “abolir el tiempo”.

-Sí, lo has visto muy bien o lo has sentido. Yo no he hecho más que sugerirlo. Os pongo el ejemplo lingüístico pero evidentemente os dejo pensando si esto es generalizable. Tú lo has hecho, pues así es: es evidentemente generalizable; esto no pasa con el habla, no pasa con el lenguaje, del habla se extiende al resto de las actividades y a la constitución de nuestras jornadas laborales, de nuestros cumpleaños, de las etapas de nuestra vida afectiva, y de todas las tonterías con las que se nos entretiene de ordinario. Evidentemente es así: la cosa funciona necesariamente pasando por anulaciones del pasar que se sienten necesarias para el manejo y el establecimiento de los hitos de nuestra vida y de todo lo demás. Eso, en efecto, parece generalizable, aunque habría que explicar cómo de una manera más detenida, para lo que no tenemos mucho tiempo. Sí.

-¿... ahora... otros tiempos reales... se está...?

-Ahora: ‘ahora’ parece que es uno de esos índices que apuntan no a la realidad sino a eso que le contrapongo como ‘mundo en que se habla’, porque realidad es el ‘mundo de que se habla’. ‘Ahora’, cuando funciona, no citándolo como tú has hecho sino usándolo (“nos queda todavía ahora algo que tratar acerca de las cuestiones de la realidad del tiempo para después pasar...”), cuando se mete en una frase como acabo de hacerlo, ‘ahora’ parece que no apunta a realidad ninguna sino al campo en que estamos hablando (mundo ‘en que’, que se contrapone al mundo ‘de que’), lo mismo que ‘esto’, lo mismo que ‘aquí’, lo mismo que ‘yo’, lo mismo que ‘tú’. Son un tipo de índices que no apuntan a la realidad sino al mundo en que se habla de ella; están refiriéndose (y por ejemplo aquí [[marcando algo en la pizarra]] aparece ahora) están refiriendo no a ningún sitio de que estas palabras hablan, sino al sitio en que las palabras se están pronunciando, donde estamos tú y yo, y por tanto hay un campo, y este ‘ahora’ apunta hacia ahí (por hacer una representación tosca del mundo en el que tú y yo estamos hablando).

Es muy importante que veáis cómo la necesidad de la ideación hace que “el ahora” venga sin embargo a convertirse en algo real. Esto es una operación que ya desde Aristóteles, entre los antiguos, se ve con suma claridad: se descubre, sobre todo en lenguas que tienen artículo, cuando, en lugar de “ahora” funcionando, se dice “el ahora”, lo mismo que en lugar de “yo” se dice “el yo”. Ahí se nos ha dado el cambiazco: en ese momento resulta que el ahora o el yo se han convertido en algo real, algo contrario de lo que eran. Éstos son reales. Es gracias a esta conversión en realidad de “el ahora” como se plantean los problemas de los puntos de la línea y por tanto las diferentes maneras en que se tratan de resolver las aporías de Zenón. Es decir, está claro que la línea del tiempo supuestamente real tiene que estar de alguna manera compuesta de “ahoras”, porque a ver si no. Por otra parte es evidente que una suma de “ahoras” no tiene sentido, que los “ahoras” no pueden ser puntos de la línea; de manera que entonces “el ahora” en la línea queda reducido a una condición *sui generis*, que es que por un lado tiene que estar pero por otro lado no puede ser parte. Es evidente que los “ahoras”, realificados, tienen que estar en la línea del tiempo espacial o real, pero no ser partes de él, no formar parte de él; y eso aparece ya claro desde Aristóteles. Cómo esto de “el ahora” se aplica a lo de el yo es muy interesante, pero no nos podemos desviar por todas partes. En todo caso fijaos en la realificación de algo que no era real, de algo que no apuntaba a la realidad pero que,

desde el momento en que se le concibe, “el ahora”, “el hoy”, “el yo”, “el aquí”, “el allá”, desde ese momento ya sí que se convierte en algo real y entra en el juego de las condiciones constitutivas de la realidad. No sé si quedaba algo más. Sí.

-Sí. Es que hay un aspecto que no he acabado de entender, porque si el lenguaje como productor de sentido en determinado momento usted ha dicho que carece de dimensión temporal, que interpreto yo que se sitúa en un espacio simbólico de alguna forma, ¿cómo se explica...

-Perdón, perdón! Antes de que siga, no sé bien si está usted hablando de esto o de esto, del sistema con que se habla de ello.

-De la línea de arriba, del tiempo real de producción de sentido.

-Eso no está muy claro. Éste es un tiempo, el tiempo en el que se habla, que está necesariamente, como aquí se mostró, roto por bloques de simultaneidad; pero es el tiempo en que realmente se habla. El instrumento con que se habla de él, ése dije que era eterno, que para el tiempo en que se está hablando con él el instrumento tenía que estar inmóvil, ser estático, eterno. No sé si acierto a recordarle lo esencial para su...

-La matización que yo quería introducir es que en el lenguaje hablado se sabe que no sólo es la literalidad dramatizada, que no tiene sentido, sino también la entonación, que algunos atribuyen digamos a un sentido musical, en cierta forma. Entonces, la música [se hace?] en el tiempo, luego sí que la expresión del lenguaje en este sentido sí que tiene una dimensión temporal que determina el sentido.

-Ya. Muy bien. Es útil eso. Ahora vamos a hablar de ello, pero con una aclaración: hay muchas cosas de esa música que son gramaticales, y otras que no lo son. La entonación de fin de frase es una entonación, la entonación de coma es una entonación, el juego de acentos sometidos (como el de “nò” y el de “hè”) frente a la falta de acento de “po-” y el acento dominante de “-dí-” son hechos tonales; todos ellos [son hechos...], pero estos son gramaticales; es decir, son tan gramaticales, tan abstractos, como los fonemas, y por tanto juegan aquí igual que la ristra de los fonemas: intercalándose y rompiendo la ristra de los fonemas. Hay una serie de elementos tonales, entonativos, que están usados por la gramática de las lenguas y por tanto reducidos a la misma condición abstracta de los fonemas, que ya no son sonidos sino que son fonemas, entes abstractos. Y son tan describibles, si fuéramos buenos gramáticos, como los fonemas y las palabras. En realidad el desarrollo desde los alejandrinos de un sistema de puntuación, aunque muy torpe (sigue siendo muy torpe en nuestro uso habitual) es un intento, es un intento en la escritura de dar cuenta de aquellos hechos entonativos que son gramaticales. Luego, naturalmente, en el habla, aparte de eso, estamos continuamente subiendo y bajando de tono, aumentando y disminuyendo la intensidad, cortando entrecortadamente o hablando de una manera seguida, y todo eso ya no tiene que ver con la gramática; ahí, eso se refiere al habla como un acontecimiento cualquiera, al habla como algo, una producción de la realidad, sonora en el caso de que sea sonora, y nada más. Sobre eso y especialmente sobre la condición rítmica tengo que hablar un momento ahora. Volveremos sobre eso; pero lo importante es distinguir entre los hechos musicales, y concretamente los tonales, aquel repertorio relativamente reducido que está convertido en seres abstractos, convertido a la

gramática, de todo aquello otro que no lo está; que por tanto pues es expresivo, es impresivo, es artístico y musical, porque no está usado para la gramática. Esta distinción es fundamental.

-Un ejemplo, la métrica de la poesía latina.

-Sí, sobre el ritmo vamos a hablar un momento ahora. Bueno, por desgracia ya estoy previendo que esto de lo que hablamos, esto del tiempo real, éste que termina a las 2 de la tarde se nos va a ir escapando, de manera que tengo que apresurar ya un poco el final de la sesión. Si nos queda tiempo, volveré a darles voces, y si no, qué se le va a hacer.

Una vez que nos hemos asomado un poco al establecimiento del tiempo real, y de las diferentes clases de tiempo real, tal vez incompatibles entre sí, conviene hacer constar algo que ya por lo anterior ha tenido que aparecer, es decir: que este tiempo real se constituye primariamente como futuro, y sólo posteriormente se generaliza como tiempo real en general. Dicho de otra manera, la primera aparición de un tiempo ideado, contable, real en definitiva, es el futuro. Esto de una manera un poco grosera se entiende bastante bien: se puede decir que es que la vida que está pasando, o incluso los recuerdos, las recordaciones, es algo siempre demasiado embarullado, está siempre demasiado lleno de cosas, tiene una riqueza de elementos sensitivos conflictivos entre sí los unos con los otros, que no hay manera de saber honradamente. No digamos ya la vida que estoy viviendo, sino ni siquiera aquella que recuerdo que haya vivido: todo está demasiado lleno de emociones, de sensaciones, es demasiado rico, demasiado embarullado: no hay manera. Pero mi futuro en cambio está perfectamente vacío. Donde no hay, donde no puede haber cosas que pasen ni que hayan pasado, cosas que vengan a perturbarme, eso está perfectamente dispuesto, ese vacío está perfectamente dispuesto para hacerme una idea de él, para contarlos, para contarlos por fechas y por cronómetros, y en fin constituirlos como tiempo real. Una vez que he conseguido... que he llegado a esta hazaña de concebir mi tiempo futuro, entonces ya estoy en condiciones de aplicarle esto a esa riqueza innumerable, primero de lo que recuerdo, y después incluso de máximo atrevimiento, a esto que me está pasando, y reducirlo pues a eso: en definitiva reducirlo a futuro, puesto que el futuro era la condición de la realidad. Esto es un poco duro de decir, porque la opinión más corriente es la de hacer pensar que lo primero es... bueno, algunos dicen incluso lo presente, que es inasible, y que por tanto es muy absurdo ponerlo como fundamento de nada; otros piensan que lo pasado, incluso la historia, es el fundamento. Pero ya os he mostrado que no es verdad: hacerse una idea de, por tanto hacerlo entrar en la realidad, sólo se puede con un tiempo vacío, con un tiempo perfectamente vacío, en el que no pasa nada. Un tiempo en el que pasan cosas o incluso asaltado por recuerdos muy sensitivos es un recuerdo al que difícilmente se le pueden imponer horas bien medidas, porque la diferencia de las sensaciones, de las emociones, puede alargarlas y estirarlas, como se sabe, de una manera sin fin y sin control. Pero un tiempo vacío, no: un tiempo vacío como el día de mañana o el del año 2000 es un tiempo ideal para aplicarle el procedimiento: ahí puedo contar horas y contar años y contar siglos con toda tranquilidad. Bueno, quiero sugeriros, para que no encontréis esto demasiado caprichosamente contradictorio, quiero sugeriros cómo la cosa se produce volviendo otra vez un momento al habla.

Quiero decir que la primera actividad que voy a emplear para venir a mostrar esto es aquella actividad del tipo de “¡Dame un beso!”, que señalo con estos signos de la modalidad de frase yusiva, la de las órdenes y ruegos. Es de ahí de donde partimos: esto es una cosa que es enteramente ajena a verdad o falsedad, está muy lejos de la lógica habitual: “¡Dame un beso!” es un ruego, es una orden, no puede ser un decir acerca de nada. Por tanto ¿qué pasa con el tiempo en “¡dame un beso!”? Pues resulta que, desde luego, dentro no está; en todo caso está en la acción misma de decirlo; si está en algún sitio, está aquí [[]] en los signos, en los signos de la modalidad, pero ‘dar’ no es ni pasado ni presente ni futuro, y el beso no digamos. De manera que, si hay algún tiempo, es un tiempo [...] y está ahí, es un tiempo que ha quedado reducido a la mera acción.

Un paso ya grave es cuando el otro o la otra pronuncia una frase del tipo “¡Te doy un beso!””, que señalo con ese signo especial, distinto: es el signo de las promesas o amenazas. Evidentemente puede ser lo uno o lo otro “¡Te doy un beso!”. ¿Qué pasa aquí con respecto a la constitución real y por tanto a la cuestión de si esto es realmente verdad o mentira. Pues, de momento nada, mientras se trate de una promesa o amenaza, “¡Te doy un beso!”. Pero aquí ya alguien puede decir “si al momento siguiente va y se lo da, es que era verdad; mientras que si al momento siguiente no se lo da y pasa un rato largo y no se lo da, es que era mentira.” Uno puede hacerse estas cábalas ¿no?; es bastante lógico. En el momento de la producción estamos igual que en “¡Dame un beso!”, ahí no hay realidad ninguna, el ‘dar’ no es ni pasado ni presente ni futuro; pero es una promesa, es una amenaza. Entonces efectivamente cabe esa cábala: sí, esto de por sí no es verdad ni mentira, pero si pasamos a la comprobación, si aguardamos un poco, si vemos que a continuación le da el beso, decimos “la promesa o amenaza era verdadera”; y si, después de pasado un tiempo prudencial, vemos que no se lo da o incluso se marcha sin dárselo, entonces decimos “la promesa o amenaza era mentira”, y aquí se nos están colando las nociones de verdad y mentira que después han de desarrollarse en otras cosas. Efectivamente ya veis que desde aquí se puede pasar a cualquier tipo de predicción. Por ejemplo, “El sol nace por oriente todos los días.”: ¿esto es de la realidad, es real, es verdad realmente o realmente verdad? Ah, pues esperemos, pongámonos a esperar y a ver si efectivamente esto sucede y si sucede otra vez y al cabo de un número de veces que suceda pues nos cansamos ya de ir comprobando paso por paso y generalizamos y decimos “Sí, sí: es verdad, en un tiempo de presente general, que el sol sale por oriente todos los días”. Esto es la manera que hacemos y como veis la cosa no está tan lejana de eso otro que he dicho y nos está metiendo en la raíz.

Aristóteles entre los antiguos y muchos después de él se preocupaban entonces de la verdad o falsedad de predicaciones del tipo de “Se dará... Habrá mañana una batalla naval.”: se decían: -¿Esto son predicaciones? -Sí: están en tiempo futuro. -¿Son verdad? - Pues si mañana efectivamente se da la batalla naval, son verdad; si no se da, no son verdad. Y esto efectivamente comprendéis sin que yo os lo explique que lleva a unos líos de los que no hay manera de salir, si uno se empeña en aplicar una noción de verdad y de falsedad a esto. Es realmente insostenible. Pero por ese camino es como se llega a establecer realidades dotadas de un tiempo, y, como veis, esto sólo se ha podido hacer partiendo del futuro. Solamente así llegamos a “Se dará una batalla mañana.” o para más claridad “Se dará mañana una batalla.”. Una vez que se ha entendido bien cómo predicaciones en futuro, que en principio parecían escluirse de cualquier noción de verdad o falsedad, porque uno pensaba que eso se refiere a los hechos reales, pero a hechos que

no son hechos, hechos que consisten sólo en una promesa de serlo ¿cómo se les va a aplicar lo de verdad y falsedad? Y sin embargo, una vez que eso se ha establecido, pues ya es fácil aplicar el procedimiento a todo lo demás, a los hechos propiamente hechos y a declarar que es verdad que en el centro de la Antártida hay un lago helado. ¿Ustedes saben si esto es verdad? ¿Alguno de ustedes sabe si esto es verdad, “en el centro de la Antártida hay un lago helado”? Yo no, desde luego; yo no sé tal cosa; pero puedo enunciarlo, y entonces ¿en qué consiste la verdad de este hecho, “en el centro de la Antártida hay un lago helado”? Pues consiste efectivamente en que esto se tome como una predicción, que unos exploradores se vayan a buscar el centro de la Antártida, que cavén o exploren con aparatos diversos y que efectivamente comprueben que allí hay un lago y entonces digan “Verdad.”, o comprueben que no lo hay y digan “Mentira.”, y entonces de esta manera aseguran su realidad. Todas las preguntas respecto a la realidad que los concursos televisivos les lanzan a ustedes todos los días, todas son del mismo orden. “Napoleón se casó tres veces” ¿Esto es un hecho, esto pertenece a la realidad? La cosa es muy comprometida, porque en primer lugar estamos tratando de asegurar que Napoleón pertenece a la realidad. Esto es grave: esto es grave porque viene a ser sinónimo de decidir si Napoleón existe o no existe; es decir, si los muertos más o menos ilustres pertenecen a la realidad y tienen alguna forma de existencia. Pero, aparte de eso, se trata del hecho, “se casó tres veces” este personaje que nos empeñamos en incluir en la realidad. Esto, para saberlo no hay más remedio que ir a los archivos, preguntar a los eruditos, a los historiadores, hacer todas las averiguaciones pertinentes y llegando a un límite en que uno considera que las averiguaciones son suficiente, cosa siempre muy difícil de determinar, pues podrá decir “Verdad.”, “Mentira.” y por tanto conceder los puntos consiguientes a la respuesta en el concurso televisivo donde la cuestión se haya planteado, en la cual no caben más y menos: “Verdad”, tiene usted 3 puntos; “Mentira”, tiene usted 0 puntos; no caben más cosas.

Bueno, no voy a insistir más, pero supongo que este camino que os he hecho seguir os muestra con claridad que el tiempo real nace necesariamente del futuro, que es el primer tiempo. Una vez que nace del futuro, el proceso siguiente, que tiene sobre todo una aparición política interesante, es el conseguir que todo lo demás se reduzca al mismo tipo de realidad, es decir, a futuro. Todo lo que llamamos de ordinario angustias de nuestra vida y cosas por el estilo no quiere decir más que imposición, nunca lograda con un éxito total, de una idea de nuestra vida y de una conversión de la vida en tiempo, en puro tiempo, que quiere decir en futuro. Todas las ideas de la realidad, empezando por la del tiempo, se puede decir que parten de esta primera afirmación: la de “Tienes que morirte.”, “Tengo que morirme.”, con la cual se supone que a cada niño se le introduce en el tinglado, con esta convicción. Ésta es la madre o el padre de todas las ideas; de ahí nace toda la realidad. De una manera muy lógica, después de lo dicho: la primera convicción es la del futuro, y la primera de las ideas es la de “tienes que morirte”. Sólo partiendo de ahí podemos tener una vida con principio y fin, es decir, reducida a tiempo; sólo partiendo de ahí yo mismo puedo ser un individuo real, existente, tan real como el muerto que ayer recordábamos, cuya vida consiste en el guioncito que separa las dos fechas del nacimiento y de la muerte escritas en su lápida (ahí tenéis la línea representativa del tiempo apareciendo de una de las maneras más elocuentes en ese guioncito, 1878-1924: eso es, ése es el...) [[CORTE EN LA GRABACIÓN]]

hemos dicho: por un lado cuando hemos utilizado el lenguaje directamente, y en especial los bloques de simultaneidad a este respecto; por el otro lado cuando hemos venido en la constitución del tiempo ideado, en principio futuro, y de su imposición sobre la vida. Entonces uno se queda necesariamente un poco ambiguo respecto a cuál es la operación que ahí se le está atribuyendo al lenguaje mismo que empezábamos por tomar como ejemplo. Es evidente que a muchos de vosotros ha tenido que ocurrírseos algo.

En primer lugar, tengo que recordar, puesto que antes ha salido a propósito de la música y eso, que se puede decir que de alguna manera “antes”, entre comillas, del lenguaje, aparte del lenguaje, hay un proceso no de ideación, pero sí de ordenación, que es el que se da con el ritmo. A todos nos parece que antes, entre comillas, del lenguaje, del hablar, está el danzar, o por lo menos, si no nosotros, el danzar las jirafas y las estrellas. Si no nosotros, porque que entre nosotros –por emplear tu término–, entre este tipo de criaturas, lo de danzar, la aparición más elemental del ritmo, sea anterior al hablar, eso es más que dudoso: en realidad los bebés es evidente que no saben danzar ni nada que se le parezca, que son arrítmicos, son arrítmicos como lo son los monos, los monitos cuando juegan y cuando manotean, y que cuando empiezan a bailar, ya saben hablar algo, ya el lenguaje ha entrado en ellos ¿no?. Pero bueno, aparte de eso, pues ya digo, están –parece–, parece que antes están las jirafas y las estrellas que danzan también rítmicamente. De manera que, de alguna manera, aunque con todas estas dudas, lo de “antes”, entre comillas, se puede mantener: digamos que hay procedimientos independientes de los que he utilizado, de los de la gramática de las lenguas, hay procedimientos de ordenación: los que se dan en la danza, también por supuesto en el canto y en la recitación después, que se aplica desde fuera al lenguaje, primariamente en la danza, y que al parecer aparecen también fuera de la danza humana en formas de ritmo que nos son ajenas, que no son propias nuestras.

No voy a insistir en esto, de lo que por otra parte también en uno de los ataques del libro me he dedicado detenidamente. Pero sí quiero terminar con esta perogrullada: si hay una ordenación, la rítmica por ejemplo, y después de otra manera la gramatical, con sus bloques de simultaneidad, es porque hay algo que ordenar. Ésta es la perogrullada: parece que no se ordena si no hay algo que ordenar. Antes de terminar quiero haceros costar que esto no quiere decir que yo considere, desde ningún punto de vista, ni lógico ni político, equivalentes las ordenaciones de la danza, las ordenaciones de la gramática y sus bloques de simultaneidad, las ordenaciones de la realidad por medio de las predicaciones verdaderas y falsas sobre la realidad de la física, o su utilización política para ordenar la vida en el sentido de matarla, reducirla a puro tiempo: reconozco que todo son ordenaciones, pero de ninguna manera penséis que pienso que son equivalentes. Incluso algunas de esas formas de ordenación pueden darse de cachetes con las otras, ser perfectamente contradictorias. Pero en fin, si se ordena, hay algo que ordenar, y este algo que ordenar es en definitiva el tiempo del que no hemos hablado, el tiempo del que no se puede hablar. Hemos hablado de las diferentes apariciones del tiempo real, pero todas estas ordenaciones se dan evidentemente sobre algo que es, por inesencial esencia, desordenado, sin orden, sin fin, sin fin en el sentido de ‘finalidad futura’, sin comienzo ni fin en otro tipo de ordenación, algo desordenado, continuo, infinito de verdad, no infinito de mentira como los que usa la Ciencia, sino sin fin de verdad, manteniendo viva la negación que en lo de in-finito está inserta; y claro, alguien podría decir por qué a eso, a ese algo, que de por sí no está ordenado y por eso tenemos que ordenarlo de diferentes

maneras, por qué a ese algo prefiero aludir como tiempo y no de cualquier otra manera. Efectivamente esto parece bastante arbitrario, pero no tanto: si nos hemos dado cuenta de que las ordenaciones constitutivas... [[¡¡VAYA!! SE ACABA LA GRABACIÓN]]

Charla de Agustín García Calvo.